nos, y en su viejo nombre creyó el caballero oir una voz que desde el fondo de los siglos imponía la unión y la concordia á los dos Reinos limítrofes.

CAPITULO XI

De la entrada de D. Quijote en Portugal, y de cómo fué llamado en auxilio de la Princesa Beatriz.

Tras una noche de descanso, volvieron á tomar el tren para dirigirse á Lisboa, abandonando la amurallada y guerrera Badajoz; mal avenida con sus pacíficos nombres latinos. Y, yendo un poco distraído el caballero, entraron sin notarlo en Portugal, que á él le pareció ser por aquella parte continuación natural de Extremadura, y no un reino diferente.

¡Este es Portugal! dijo Oliveira orgulloso. Y cielo y suelo parecían exclamar á la vez, con sus colores y sonrisas y la elocuencia de sus campiñas y de su sol: Sí, Portugal... ¡otro pedazo de la Iberia!

Por todas partes brillaban campos y sierras, con el mismo esplendor que los de España. Las cordilleras de ésta penetraban allí, como en un mismo solar geológico; y los ríos nacidos en nuestras fuentes, menos rencorosos que los hombres, entraban y discurrían por aquel reino como suyo, y fraternizaban con las corrientes de sus aguas, y juntas iban todas al mar, sin distinción de españolas y portuguesas; como hijas de una madre común, para llamarse iberas únicamente al desembocar en el Océano.

El más elocuente y más fraternal de aquellos ríos era el Tajo, arteria común de ambos reinos; por cuyas márgenes encantadas siguieron los viajeros hasta Lisboa, aspirando en Cintra las auras de Aranjuez y oyendo por doquiera en sus ondas la profecía de Fray Luis de León.

En Lisboa se separaron Oliveira y D. Quijote, no sin proponerse aquél no perder á éste de vista, para saber por donde resultaban sus descabellados propósitos.

Sucedió en aquel entonces que la Princesa Beatriz, hija del Rey y heredera de la corona,

había caído en una profunda melancolía. Era doncella de extraordinaria hermosura; blanca como las gardenias, rubia como las espigas y de negros ojos como las huríes. Todo le sonreía en su palacio y en sus quintas, en la plenitud de sus gracias y de sus encantos, en el verdor de sus años y de sus ilusiones, y en el amor y admiración de su pueblo; y nadie sabía por qué inclinaba la cabeza pensativa y semillorosa, y se negaba á participar de las alegrías y festivales de la Corte, prisionera siempre de sus nostalgias.

¡La Princesa está triste! decían los palaciegos sin adivinar el motivo. ¡La Princesa está enferma! añadían los doctores de la Real Cámara. ¡La Princesa está enamorada! murmuraba el vulgo, creyendo en alguna inclinación de ella, contrariada por razones de Estado. Y, sin embargo, nadie acertaba con la verdadera causa de sus tristezas.

Lleváronla á Cintra, sin conseguir que la belleza de sus pensiles, ni lo salutífero de sus bosques la animasen; propináronle drogas, sin que su supuesta dolencia física desapareciese; y llegaron á pensar en casarla, siendo el candidato á su linda mano cierto sobrino del rey de Inglaterra, alto y desgarbado como un caballo de Normandía.

La Princesa ofreció para éste sus excusas, rayanas en desvíos. No quiso drogas ni doctores cerca de ella; y pidió abandonar á Cintra y volverse á su Palacio real, donde solía entregarse á lecturas, que la tornaban más pensativa, y le daban más melancólico aspecto.

Sus padres la seguían y observaban, y un día, después de muchos, viéronla sonreir, lo que fué para ellos un iris de bonanza, en tan larga tormenta de tristezas. ¡La Princesa había sonreído, mientras leía uno de aquellos libros! Y la noticia se esparció rápidamente por la ciudad y por el reino todo.

Los Reyes continuaron en acecho, y al siguiente día notaron que su hija, leyendo el mismo libro, sonreía también; lo que les confirmó más en sus venturosas esperanzas.

Por fin, siempre que la Princesa hojeaba aquel

libro misterioso, y con él se entretenía, salía de su abatimiento y tristeza, para dejar ver en sus bellos labios aquella sonrisa, que hizo á sus padres desear saber cuál libro era aquél, que poseía tan maravillosa virtud.

Una tarde, la Princesa, que siempre guardaba el libro consigo, lo dejó olvidado sobre su rica mesa de marfil, y entonces aquéllos, sigilosamente, se acercaron y vieron escrito en letras de oro sobre la cubierta de tafilete del volumen: «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha; por Miguel de Cervantes Saavedra.»

Abrieron el tomo, por el registro de seda estampada en colores que tenía, y hallaron aquel pasaje en que, tratando de la llegada de Sancho á la casa de Dulcinea, exclama D. Quijote: «¿Qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.» Contestando Sancho: «No la hallé sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.»

Bendijeron los reyes á aquel buen castellano Cervantes que, con su ingenio y donaires, á través de los siglos, no sólo llenaba los espacios de su renombre, «lectores delectando», sino que ofrecía mejores drogas y específicos que todas las farmacopeas para curar hipocondrías de Princesas neuróticas. Así que, en vez de reprimir, dieron pábulo á las lecturas de la hermosa Beatriz, que se pasaba las horas muertas en su dorado camarín, siguiendo al generoso Hidalgo Manchego, á través de los campos, en sus imaginarias empresas y donosas aventuras, y en sus entretenidas pláticas con aquel escudero panzudo, medio desconfiado y medio crédulo, tipo de la gramática parda castellana.

No era ya sonreir solamente, era á veces reir del todo y de veras, lo que hacía la Princesa á sus solas con aquel libro de caballerías; tanto que los doctores, avisados de esto, la declararon sanada de su mal, y los reyes lo celebraron con júbilo y la Corte toda lo supo con sorpresa.

Pero cuando la real é interesante doncella, después del capítulo de los azotes de Sancho, que tanto la regocijaron, llegó al de la vuelta del

caballero á su villorrio y los agüeros que allí tuvo, según los que no había de ver más á Dulcinea, se le entristeció nuevamente el semblante; y mayormente cuando vió á D. Quijote recobrar la razón y quedar en Alonso Quijana, y luego morir de una calentura, como cualquier hidalgüelo de gotera.

Hubiera querido ella que no muriese tan pronto el valeroso caballero; que continuara con sus imaginaciones y fantasías, y saber mejores nuevas de Dulcinea y de los amores platónicos de su cautivo admirador; así que, cuando se enteró de que un noble portugués llamado Oliveira contaba en los altos Círculos de Lisboa, como había topado con D. Quijote en persona, ó al menos con uno que se creía tal y que éste se hallaba en el Reino continuando sus empresas, rogó al Rey su padre se hicieran indagaciones de ello, y no se pararon hasta que se dió con D. Quijote y su nuevo escudero, y se les invitó á ir al Palacio real, para presentarse á la Princesa heredera.

Hallábase á la sazón D. Quijote meditando por cuáles artes, no guerreras sino diplomáticas, empezaría su obra de unión de los dos Estados, y estaba más que nunca convencido Bartola de la impotencia de su amo para aquel propósito y de sus desvaríos, cuando el aviso de que se personaran en el Palacio real, de parte de la Princesa Beatriz, les sacó de sus reflexiones. En eso sí que no cabía embeleco ni falsía de ninguna clase; allí no había cita quimérica, como en el castillo de Loarre; ni dama imaginaria; ni alucinación posible. La Princesa Beatriz les llamaba, y pronto iba á ver Bartola, por sus propios ojos, que subía por las escaleras de un verdadero Palacio real, que pisaba sus ricas alfombras, y que se hallaban su amo y él en presencia de una princesa de carne y hueso, no encubierta por encantamiento ninguno.

Todavía dudaba el escudero si serían objeto de alguna burla y no habría tal llamada al real Palacio; pero, cuando compuestos y aderezados se dirigieron á él, y viéronse recibidos por el Mayordomo y reverentemente saludados por guardias y servidores y conducidos con gran solemnidad á través de aquellas galerías de mármoles y jaspes, al departamento de la Princesa heredera, ya le entró á Tragaldabas el convencimiento de que en eso de la caballería andante ocurrían las cosas más impensadas y estupendas, y que bien podía ser verdad que, unas veces por la fuerza de las armas, otras por el influjo del renombre y altas hazañas de los caballeros, ó por su palabra solamente, ganaran reinos ó los ayuntaran á su talante, haciendo partícipes á sus escuderos de los beneficios y gajes de estas trasmutaciones.

Cuando fueron presentados á la Princesa, Don Quijote hincó la rodilla y le besó la mano, y Tragaldabas de hinojos como delante de una Virgen rezó devotamente una Salve. La hermosísima D.ª Beatriz, fijándose en ellos con gran atención, halló la figura del caballero idéntica á la que campeaba por las páginas del libro que

tanto le había distraido; pero distinta la del escudero, que parecía menos rústico que el otro.

Quiero saber, dijo con dulce y pausada voz, si es verdad que sois el caballero D. Quijote de la Mancha, y si ello es así, deseo aclarar dos dificultades: cómo pudísteis resucitar, habiendo muerto según cuenta vuestra famosa historia; y cómo podéis haber tornado á vuestras empresas después de renegar de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje, y abominar de la andante caballería, en aquella última ocasión en que al despertar de un sueño de seis horas, os sentísteis cuerdo.

Alta y soberana Señora, respondió D. Quijote; yo soy ese mismo que decís, y cuantos lo dudaron en esta mi nueva salida al mundo de las aventuras, quedaron convictos y confesos, luego que les dí con los hechos testimonio de mis palabras. Cómo pude resucitar, es cosa de difícil explicación, cual si se pregunta cómo pudo volver á la vida, no una, sino tres veces, el caballero normando de mi tiempo Francisco de Civille, soldado de Enrique IV de Inglaterra, que se firmaba *tres veces enterrado y tres veces resucitado;* ó en qué manera pudo levantarse Lázaro, estando difunto. Si esto ocurrió por permisión divina, yo creo que lo mío también; que más falta hacía yo en el mundo que Lázaro. Con todo, más fácil fué mi caso que el de éste; porque él estaba ya muerto y putrefacto, y yo sólo estuve aparentemente muerto y según creen todos cataléptico, por no haber sido bastante á matarme aquella insignificante calentura. Y eso de haber yo renegado de Amadís de Gaula y de toda su casta, y abominado de la caballería andante, por haber tornado á la razón antes de morir, téngalo Vuestra Alteza por apócrifo; porque mal podía por un sueño de seis horas despertar mudado de las ideas de toda mi vida, habiendo otras veces dormido seis y siete sin interrupción, y sin ocurrirme ese fenómeno. Y si es que se alega que en él recobré la razón y que estaba loco antes, más en mi abono: porque loco tenía que seguir, durmiera ó velase; ya que es cosa averiguada que de locura no se cura jamás. Sea, pues, loco

ó cuerdo, soy como era y seguiré siendo como soy, y vea Vuestra Alteza que más quiere mandarme, que en todo aquello ya está fiel y verazmente servida.

¿Y este vuestro escudero, preguntó la Princesa, fué también resucitado al mismo tiempo?

Nó, Serenísima Señora, respondió D. Quijote; que no era menester sin duda, siendo yo lo principal y él lo accesorio, y pudiendo encontrarse otro, aunque no de igual genio y condición. Por lo mismo creo que no resucitaron Rocinante, ni el rucio, ni el barbero, ni el cura, ni mi ama y sobrina, ni el bachiller; que esos hubieran sido muchos milagros juntos. Pero, en cambio, Dulcinea no murió, ni cayó siquiera en catalepsia; sino que siguió incorruptible, fresca y hermosa como estaba, ensartando perlas y bordando, para este su rendido caballero, empresas con cañutillo de oro.

Sonrió la Princesa nuevamente, y los Reyes, que ocultos en el inmediato salón lo oían y veían todo, tuvieron por buen augurio la vuelta de aquella sonrisa, y determinaron de retener á D. Quijote y á su escudero en Palacio, para que con sus imaginarios relatos alegrasen las horas de la melancólica heredera del trono.

Magníficos y suntuosos fueron los alojamientos que se destinaron á ambos allí, tales que hicieron á D. Quijote preguntar á Tragaldabas si jamás los vió iguales en el mundo; y éste no salía de su asombro, al considerar que en aquello no había figuración ninguna; sino que todo era verdadero, incluso la Princesa, que en su presencia, ademanes y palabras estaba pregonando ser de sangre real.

Al día siguiente, á la hora de audiencia, volvió ésta á pedir que comparecieran en su camarín D. Quijote y Bartola; y, renovados los homenajes, preguntó la Serenísima D.ª Beatriz á éste, cómo se había determinado á ser escudero de D. Quijote, sabiendo los percances, molimientos y fatigas de Sancho Panza; á lo que Bartola confesó con ingenuidad, que estas y otras cosas había arrostrado, porque su amo le proporcionara un reino, ó alguna opulenta

provincia que gobernar; á lo que tenía gran afición.

Dirigiéndose entonces á D. Quijote, inquirió aquélla cuál era el objeto de su nueva salida: porque, si se circunscribía á proporcionar reinos ó provincias á sus escuderos, no parecía tener la alteza de miras que la orden de caballería llevaba en sí.

Señora, respondió él, mi salida no obedece á eso, que es accidental y como quien dice migajas del banquete que el servidor recoge, cuando puede y las hay. Mi nueva salida viene á completar mis hazañas y propósitos de caballero andante, que quedaron interrumpidas con aquella calentura y catalepsia. Porque, si ha Vuestra Alteza leído la transcripción que Miguel de Cervantes hizo de la crónica de Cide Hamete, habrá notado que allí todo lo dejo á medias y por acabar; pues salgo, batallo con gigantes, deshago ejércitos, sufro rigores de encantamientos, habito castillos, realizo proezas, sigo á Dulcinea, sin llegar á verla desencantada, doy á mi escudero una ínsula, resisto seducciones de Altisidora, extiendo hasta Barcelona la fama de mi nombre y después de otras aventuras y desventuras me vuelvo á mi aldea, donde acabo de muerte vulgar é impensada. Esto no podía ser así: porque mi batallar era para algo, mis empresas habían de tener algún resultado y objetivo, y mi dama no había de quedar encantada por los siglos de los siglos, ni yo privado de su luz y favores; sino que debían terminar con ella en bodas mis amorosas solicitudes, como las de tantos otros caballeros con sus damas, entre ellos Rugiero, que después de mayores desdichas y obstáculos consiguió al fin la mano de Bradamanta. Por eso el cielo ha permitido que yo despierte y haga esta nueva salida, en que ya resultará completado el plan de mis andancias y en que sigo más de cerca y voy casi alcanzando á Dulcinea; esperando he de conseguir llevarla al tálamo, haciéndola feliz, grande y poderosa, como es dulce, hermosa y digna de todo linaje de venturas.

La Princesa, que anhelaba precisamente saber algo más de la Emperatriz del Toboso que

lo que refería el libro, quedó muy complacida de poder adquirir estas noticias del caballero; y él le refirió, punto por punto, la continuación de su historia, desde que la Emperatriz de Villacañas le dió nuevas de estar aquélla su colindante en guerra con los patagones, hasta que la pudo ver y hablar en casa del Nigromante; y desde que partió de nuevo Dulcinea á ultimar su guerra de la Patagonia, hasta la cita del castillo de Loarre y el suceso de su transformación en cabra, y luego su desencantamiento y encuentro en Zaragoza; pero esquivó aclarar el estado sospechoso de la cabra aquella, y todo lo referente al cabrito; así como el secreto del audaz asalto del rey de los Patagones, y de las tres empresas que el caballero había de acometer para anularlo y reintegrar á Dulcinea á su estado primitivo.

Mucho se deleitó la Princesa con estos relatos, singularmente con el episodio de la cabra encantada, y por mejor saborearlo dijo á D. Quijote que no se podía explicar cómo una hermosa y arrogante dama, cual sería Dulcinea, pudiese ir reduciéndose de volumen hasta quedar trocada en cabra; á lo que el caballero respondió que eso no era por arte natural sino sobrenatural, en que entraba la hechicería en funciones; y que bien se pudo reducir á cabra Dulcinea en el castillo de Loarre, cuando, retornando él con Sancho á su aldea, vió convertida á la dama de sus pensamientos en tímida liebre, según refiere la crónica de Cide Hamete.

Ya me acuerdo de ese suceso, dijo la Princesa, y lo que me sorprendió al leer este pasaje es que, sospechando vos que Dulcinea estaba convertida en liebre, se la diérais sin más ni más á los cazadores que la pidieron, y que seguramente la harían guisar en la cazuela.

Ese es otro error de mi cronista, respondió vivamente D. Quijote; que nunca hubiese yo consentido tal desaguisado, ó guisado; y lo que pasó fué que, negándome yo á dar la liebre y próximo á entrar en batalla con ellos, ésta se escapó de manos de Sancho, ó él le dió libertad adrede, y no volvió á ser hallada.

Eso es otra cosa, dijo la Princesa, y ya me

explico que la Emperatriz del Toboso no fuera á parar á la sartén y quedara en disposición de desencantarse y de ir á la guerra de la Patagonia. Bien dicen, que no hay mejor manera de escribir la historia que yendo á la fuente y origen de los sucesos y á testigos idóneos, presenciales de ellos.

De todas suertes, Serenísima Señora, añadió el caballero, hay que convenir en que, si la liebre se fué, el gazapo se quedó en ese pasaje de mi cronista, y no había menester que me lo hubiera consultado él, para no cometerlo: porque también es regla que la historia y aun la novela han de escribirse con verosimilitud, y no la tenía ni remota que un tan rendido caballero de Dulcinea como yo, por verla reducida á humilde liebre, fuera á entregarla tan impía y tranquilamente á sus cazadores y verdugos.

Sonrió más la Princesa con estas discretas razones, viendo el efecto que había hecho en el ánimo de D. Quijote la idea de que podía haber entregado á Dulcinea al brazo secular del cocinero, para ser adobada ó hecha pastel, y así acabó la audiencia de aquel día, durándole á la Serenísima D.ª Beatriz en todo él, el regocijo.

¿Qué te parece Bartola? preguntó D. Quijote á su escudero cuando, retirados á su departamento del Palacio, estábanse los dos á la mesa, devorando ricas viandas, servidas por criados de frac. ¿Has visto tú jamás mutación semejante á la nuestra? Ayer entre gitanos y rufianes, que me birlaron mi caballo, y hoy entre Reyes y Príncipes, que nos consideran y regalan. Fíjate y verás cómo hasta nos sirven la mesa caballeros de la Tabla Redonda; lo que es más que aquello de «Princesas cuidaban de él, doncellas de su rocino.»

Todo lo otro es cierto, Señor, respondió el escudero, en un intervalo en que dió tregua al engullir; pero no paso por que éstos que nos sirven sean caballeros, sino criados del Real Palacio, bien vestidos como cuadra al lugar en que lo hacen.

Dígote que son caballeros de la Tabla Redonda, replicó D. Quijote; y sino, repara cómo van

vestidos de cuervo, en consideración al Rey Arturo, que se convirtió en esa negra ave.

Pues yo les tomaría mejor por golondrinas, objetó Tragaldabas: porque en lo negro de sus plumajes se destaca su blanca pechuga. Pero sean lo que sean, sí es la verdad que nos sirven á la perfección, nos traen estos ricos manjares, nos escancian estos vinos de Falerno y de Chipre, y que estamos aquí como el pez en el agua y aún mejor; porque no hay otros peces mayores que nos traguen. Aunque lo que se ve de todo esto es que Usía no ha anexado Portugal á España, como se proponía, sino que Portugal nos ha anexado á nosotros.

Todo se andará, replicó D. Quijote, que sino se ganó Zamora en una hora, no voy yo á ganar á Portugal en daca las pajas; tanto más cuanto que no vengo como el Duque de Alba en son de guerra, ni con armas ni caballos.

Calló Bartola, pensando que su amo se reservaba como secreto de Estado la manera de hacer la conquista de aquel reino, sin disparar un tiro; cosa maravillosa, pues antes con ejércitos y cañones sólo temporalmente se había logrado.

Cuando llegó la noche, los dos huéspedes durmieron lindamente en sus doradas camas de cortinajes de damasco y colchones de pluma, dispuestas seguramente para Príncipes.